

RELIGION Y PATRIA

PERIÓDICO QUINCENAL CON CENSURA ECLESIASTICA

Director: JUAN ORTEA FERNÁNDEZ.

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN		"Este precepto os doy: <i>Amados los unos a los otros como Yo os he amado.</i> " (JESUCRISTO A SUS DISCÍPULOS.)	DIRECCIÓN Y ADMINISTRACIÓN
6 números cada quince días:	Ptas. 0,50 al mes.		:: CALLE DE CABRALES, NÚM. 144, PRINCIPAL ::
12 " " " " " "	1,00 " " "		A donde se dirigirán TODOS los en-
30 " " " " " "	2,50 " " "		cargos y correspondencia.
60 " " " " " "	5,00 " " "		
100 " " " " " "	8,00 " " "		
PAGO ADELANTADO			

El amor por el odio

—Una mujer pregunta por usted.
—Que pase.
¡Oh, qué harapo de mujer se presenta ante mí!
Con voz doliente, alargándome un sobre, dijo:
—Perdóneme si vengo a molestar... Tengo que pedirle un gran favor... Lea usted esta carta.
Le dije que se sentara. Me senté yo también. Me preparé resignado a la triste e interminable peroración que esos exordios suelen siempre traer.
La carta era de un amigo. En ella me decía que si podía yo hacer algo por aquella madre de familia, esposa de un obrero sin trabajo, lo hiciese sin demora... Que esperaba que sí, que yo haría algo... Que la cosa urgía... Que dejaba el asunto en mis manos...
Abrumado bajo el peso de aquella peregrina muestra de amistad que iba a hacerme un poco responsable de la desdicha ajena, permanecí en silencio unos instantes.
La mujer me miraba ansiosa. En sus ojos había huella de lágrimas. En su rostro huella de huracanes.
—¿Y qué quiere usted?—le dije al fin.
—Trabajo para mi marido, me contestó suspirando.
—¡Pobre mujer!—murmuré—. ¡Bueno está todo!
—¡Lo mismo me dicen en todas partes!...
Y lloró.
—¿Hace mucho que no trabaja su marido?
—Cerca de tres meses... Lo que llevamos de huelga.
—¿Y por qué no ha venido él?
Dudó ella antes de contestarme. Habló en voz baja.
Tiene vergüenza de pedir. No quiere ver a nadie... Está rabioso contra todo y contra todos... Dice que nadie le dará lo perdido.
—¿Y qué perdió?
—¡Su pedazo de tierra, señor, su pedazo de tierra!...
Y lloró de nuevo.

—Porque hace años que no vivíamos aquí. Vivíamos en el pueblo...
—¿En cuál?—le interrumpí.
Me dijo un nombre que trascendía a heno y a prados húmedos y a bosques aromados, un nombre que resonaba con música de arroyo y balido de oveja.
—Allí teníamos en arriendo unos campos, y teníamos casa propia con un pedazo de huerto, y teníamos una vaca y cerdo

y aves de corral... y teníamos lo que valía más que todo, la bendición de Dios, paz y pan...

—¿Y por qué, pues, se vinieron de allí?
—le interrumpí de nuevo.

—¡Cosas de mi marido!
—Los hijos iban creciendo... Quería darles oficio y la chica ponerla a servir... Decía que la vida en el pueblo se iba poniendo mal, que las tierras producían cada vez menos... Yo creo que se cansaba de ser labrador... Y vendimos lo nuestro y dejamos los campos; y un día, hace ya siete años, entramos en la ciudad... ¡Ah, si entonces hubiera sabido yo lo que tenía que sufrir!...

¡Lo que tenía que sufrir!... Bien se veía lo que había sufrido, bien lo decían sus ropas miserables, su cuerpo todavía joven y ya encorvado, sus manos temblorosas, su pecho flácido, su frente surcada de profundas arrugas...

La mujer seguía hablando:
—Mi marido ha trabajado unas veces y otras no... Mis hijos lo mismo... hemos pasado hambre, hemos dormido muchas veces bajo el cielo, no nos queda nada de nuestro ajuar... Por perder, hasta ha perdido mi marido la fe... Y mis hijos...

Ocultó el rostro entre las manos y calló.
Le pregunté:
—¿Y no hay esperanza de que se resuelva pronto la huelga?

Aunque los demás vuelvan al trabajo, él no podrá seguir por mucho tiempo en esa fábrica... Es de los señalados y con una excusa u otra ha de ser despedido...

—¿Otra cosa, pues?
—¡Otra cosa!—exclamó ella con desaliento.

—¿Y cuál?... ¿qué empleo buscarle?...
—dije yo.

—¡Ah, nuestro pueblo, nuestras tierras!
—comenzó ella, y no continuó.

—¿Para qué, si aquello era imposible?...
—Sí, el amante y diminuto pueblo, libre de lucha; el hogar familiar, tibio como un nido; la tierra blanda y amorosa, los campos generosos; los amigos rudos y leales; el trabajo confiado y seguro; los panes en la artesa; la alegría en el corazón; la paz en el alma... Todo eso pasó, fué malbaratado y despreciado a cambio de un vivir triste, de un trabajo enervante, de un cielo oscurecido por humo de fábricas, de un pedazo de pan que dá más hambre, de un jornal que germina en insaciable ira.

—¡Oh, mujer—le hubiese dicho yo al callar ella—llora, llora, bien debes de llorar!... Porque no supiste abrazarte a los pies de tu marido y detenerle en su loca aventura... porque dejásteis la alegre medianía por la negra miseria... porque tro-

cásteis los campos que creó Dios por las fábricas que hicieron los hombres... por que cambiásteis la bendición por la maldición... el amor por el odio!... ¡Lloren contigo tantas pobres mujeres de huelguistas, de fracasados, de inútiles, de oprimidos, que tenían lo que tú tenías y sufren lo que tú sufres!... ¡Reconozcan contigo su yerro tantas familias que, como la tuya, cegaron las fuentes de su dicha!...

Pero no le dije eso, no quise aumentar su congoja.

—¿Volveré por si sabe usted de alguna ocupación?...

—Sí, vuelva usted... y, sin dejar de buscar, confiemos en Dios.

—Es lo único que me queda—exclamó ella, poniéndose en pie—la confianza en El... Si así no fuera ¿dónde estaría yo!
La vi partir llorosa y encogida.

Me quedé murmurando: ¡Trocáron el amor por el odio!

J. LE BRUN.

Acto de consagración

redactado y leído por S. M. el Rey Don Alfonso XIII, en el acto solemne de inaugurar el monumento al Sagrado Corazón de Jesús, en el Cerro de los Angeles:

«Corazón de Jesús Sacramentado, Corazón del Dios Hombre, Redentor del mundo, Rey de Reyes y Señor de los que dominan.

España, pueblo de tu herencia y de tus predilecciones, se postra hoy, reverente, ante este trono de tus bondades que para Tí se alza en el centro de la península. Todas las razas que la habitan, todas las regiones que la integran, han constituido en la sucesión de los siglos y a través de comunes azares y mutuas lealtades esta gran Patria española, fuerte y constante en el amor a la Religión y en su adhesión a la Monarquía.

Sintiendo la tradición católica de la realeza española y continuando gozosos la historia de su fe y de su devoción a Vuestra Divina Persona, confesamos que Vos vinísteis a la tierra a establecer el reino de Dios en la paz de las almas redimidas por vuestra sangre y en la dicha de los pueblos que se rijan por vuestra santa Ley: reconocemos que tenéis por blasón de vuestra divinidad conceder participación de vuestro poder a los Príncipes de la tierra, que de Vos reciben eficacia y sanción todas las leyes justas en cuyo cumplimiento estriba el imperio del orden y de la paz. Vos sois el camino seguro que conduce a la posesión de la vida eterna: luz inextinguible que alumbrá los

entendimientos para que conozcan la verdad y principio propulsor de toda vida y de todo legítimo progreso social, afianzándose en Vos y en el poderío y suavidad de vuestra gracia todas las virtudes y heroísmos que elevan y hermosean el alma.

Venga, pues, a nosotros tu Santísimo Reino, que es Reino de justicia y de amor. Reinad en los corazones de los hombres, en el seno de los hogares, en la inteligencia de los sabios, en las aulas de la ciencia y de las letras y en nuestras leyes e instituciones patrias.

Gracias, Señor, por habernos librado misericordiosamente de la común desgracia de la guerra, que tantos pueblos ha desangrado: continuad con nosotros la obra de vuestra amorosa providencia.

Desde estas alturas, que para Vos hemos escogido como símbolo del deseo que nos anima de que presidáis todas nuestras empresas, bendecid a los pobres, a los obreros, a los proletarios todos, para que en la pacífica armonía de todas las clases sociales encuentren justicia y caridad que haga más suave su vida, más llevadero su trabajo. Bendecid al Ejército y a la Marina, brazos armados de la Patria, para que en la lealtad de su disciplina y en el valor de sus armas sean siempre salvaguardia de la Nación y defensa del Derecho. Bendecidnos a todos los que aquí reunidos en la cordialidad de unos mismos santos amores de la Religión y de la Patria, queremos consagraros nuestra vida, pidiéndoos como premio de ella el morir en la seguridad de vuestro amor y en el regalado seno de vuestro Corazón adorable.»

¡OBRERO, ALERTA!

Infames propagandistas del mal, eternos ambiciosos, profesionales de la revuelta, hipócritas malvados que presentándose al pueblo como redentores (?) son sus verdugos, hombres que renunciando a Dios, se sirven del prójimo para explotarle, andan otra vez muy atareados para que de nuevo les hagáis la revolución a su provecho exclusivo.

Con cualquier pretexto, más o menos fundado, y sin fundamento a veces, vienen menudeándote las huelgas. Comercian escandalosamente con las subsistencias poniéndotelas imposible de adquirir, para que desesperado tú ante tales y tantas contrariedades vuelvas a ser *carne de cañón*.

Esperanzas de mejorar no las tengas mientras toda esta cuadrilla del desorden ande cerca de tí. El mismo Pablo Iglesias acaba de decir que estorbará por su parte toda obra social del Gobierno, aunque a tí te beneficie.

¡Quieren la revolución!... Que tú la hagás, que tú mueras si es preciso y tu familia se destruya también, y luego ser ellos los amos, amos tiranos, que no tendrían inconveniente en seguir firmando *sentencias de muerte* contra el primero que no obre conforme a sus caprichos.

Es la historia de todas las revoluciones, y si tú, obrero de buena fé, no la sabes, mira lo que actualmente está pasando en el extranjero y aprende la lección, que habrá de serte muy provechosa.

Aun estás a tiempo, obrero español. ¡Cuidado con tus cabecillas!

Lector amigo, ¿te gusta "RELIGIÓN Y PATRIA"? Después de leído ¡no lo rompas! dalo a leer a otros. Haces una buena acción.

¿De una a dos o de cinco a seis?

—¡Buen provecho, amigos! Parece que hay apetito.

—Si usted gusta de nuestra pobreza...

—Gracias; en casa me esperan para la misma operación.

—Y que no falte, que me temo que con los tiempos que corren va a ser más difícil agenciarse la *pancheta* que buscar una ahuja en un pajar.

—Es verdad, las subsistencias..... las huelgas frecuentes que dejan el bolsillo más apretado que una alpargata, aunque otra cosa diga el amor propio.

—Desgraciados de nosotros el día que se declaren en huelga los tenderos o, como si dijéramos, ¡se acabó el fiar!

—Esos son los que acostumbran a pagar el pato en muchas huelgas; los hay con una de pufos que ¡ya, ya!

—Sé yo de uno a quien le dijeron unos huelguistas: «O fía Vd. o le declaramos el boicot.» Y él, por toda contestación cerró la tienda y se marchó a *Sierra Morena*, donde esperaba encontrar más garantía a sus intereses que por aquí con tanta organización y autoridades.—Oye tú, mujer, qué escasa viene hoy la carne.

—No dá para más la cosa, chico.

—Es verdad, ¿para qué te voy a hacer cargos a tí, si el mal está en otra parte? Ya ve usted, señor, ¡cuatro pesetas de jornal en estos tiempos!

—Y ocho horas de trabajo.

—De eso de las ocho horas de trabajo no me hable usted; voy teniendo ya cada pelotera con mis compañeros, que cualquier día acabo a *morrá* limpia.

—¿No eres partidario de la reforma?

—Sí... y no.

—¿A ver?

—Para vuestra clase de trabajo, pesado y constante, ocho horas son muchas horas y luego que la alimentación no está a tenor de las fuerzas que se gastan, por eso, vamos, una hora menos ya es un alivio para el cuerpo, mejor dicho, dos horas, una por la mañana, de siete a ocho, y la de la tarde, de cinco a seis, sólo que yo con esta de la tarde no estoy muy conforme.

—¿Por qué? Aunque casi lo adivino.

—Porque para el descanso del cuerpo hubiese sido mejor de una a dos, y sobre todo para estas pobrecitas mujeres que no andarían tan corridas en traernos la comida.

—O vosotros en ir a buscarla.

—También; que como una hora es poco para ir a casa y comer, el que no tenga quien se lo traiga, ande poco menos que con la lengua fuera corre que corre, bufa que te bufa, sopla que te sopla y otro tanto digo de estas cuando nos la traen.

Viene a veces mi pobre mujer o mi hija mayor que me dá pena contemplarlas. ¡Así no presta lo que se come! Cuánto mejor hubiese sido la hora libre de una a dos que no la de cinco a seis. Hasta en verano, podíamos luego echar un *pi-gacín*.

—Desde luego. Pero dicen algunos que la de cinco a seis, les vale de mucho para arreglar sus tierras.

—Si... hay algunos que las tienen y a ellas se dedican, y no les sobra el tiempo, aun saliendo a las seis, pero son los menos. A la mayor parte les sirve para más enviciarse; conozco el paño. Y vea usted si son egoístas, prefieren esto a la hora de medio día, que beneficiaría a todos. Regocíjeme yo y que reviente mi mujer o mis hijos.

—Ya veo que eres muy cariñoso para los tuyos.

—Sí, señor, en buena hora lo diga, mi marido mira más por mí que por él.

—Es un deber, y porque así lo considero, riño más de cuatro veces con esos que queriendo arreglar el mundo tienen su vida desarreglada y que echándose las de humanitarios con el prójimo tratan o consideran a su familia como si fuesen bestias. Mire usted, el otro día, me dió mucha pena; iba un niño como de unos doce años, corriendo y casi llorando, porque llegaba tarde con la comida; para su padre debía de ser. Le vi acercarse a este, temeroso; él le cogió la cesta con un remango que a poco más la tira y dándole una solemne bofetada, le dijo:—que no suceda más, porque te mato. Serían las doce y cuarto a lo más. Pues espectáculo como este se ven todos los días a esa hora, y no obstante, la hora de gracia ha de ser de cinco a seis, para embrutecerse más y no de una a dos, por el bien y descansó de los suyos, que también lo necesitan.

—Sin embargo, tú una vez me la echaste por descuidarme un poco, y ya sabes que en una casa hay tanto que hacer.

—No te acuerdes de ello, mujer, ya me arrepentí; bien lo sabes. Y Vd. en eso de la hora ¿no opina como yo?

—No te falta razón en ello.

J.

He leído atentamente el Evangelio y no he visto que una sola vez los labios de Jesucristo dijeran estas palabras ante cualquier obra buena: NO PUEDO.

En cambio, de labios de muchos cristianos, cuando se les invita a cualquier obra buena, casi no oigo más palabras que estas: NO PUEDO.

¿Quieren ustedes explicarme este contraste?—(EL ARCIPRESTE DE HUELVA.)

REMITIDO

Los bienhechores del mal

Don Simplicio Bobadilla, que es un hombre de dinero y «muy católico», dice, dió para el sostenimiento de un asilo diez pesetas.

«—Hay que proteger lo bueno, dijo al darlas don Simplicio a las monjitas que fueron a su casa a suplicarle; hay siempre que protegerlo, como es de obligación, y a lo malo poner freno.»

Pero es el caso, señores, que llegan al poco tiempo a su puerta, muy melosos, una comisión de obreros, pidiéndole un donativo para la «Casa del Pueblo».

Todos sabemos de sobra qué dan de sí estos viveros al estilo socialista y con pujos tiranuelos.

Pues don Simplicio les dió doscientos cincuenta pesos y además una sonrisa de mansísimo cordero.

No hay que asustarse, señores, se dan muchos casos de estos; abundan los Bobadillas que de lógica están yermos y que rinden pleitesía a S. M. el miedo.

A quien pique, rásquese, ese es el mejor remedio.

SENTIDO COMUN.

(El menos común de los sentidos.)

CHARLA

—Le felicito, D. Clemente, por el aspecto hermoso de su huerta, por la abundancia y gusto exquisito de sus frutos, por el personal competentísimo a sus órdenes y no sólo competentísimo si que también laborioso y honrado. Lástima que estos mismos cuidados, idénticos procedimientos y rigurosidad en la elección del personal, no los aplique a la gobernación del pueblo que le fué encomendado, a fin de que los resultados fueran igualmente felices.

—¡¡.....??.....

—Qué, ¿no ve usted el punto de contacto?

—No, amigo mío. Espero más explicaciones.

—¿Por qué en el régimen de su heredad, como en el régimen político en que se mueve, no deja usted a sus subordinados en completa libertad de acción? ¿A qué les da usted reglas, procedimientos fijos, sabias lecciones, patrón de conducta, etc., etc.? ¿No fuera mejor que cada *quisque* obrase como le viniera en gana? ¡Oh, la santa libertad!...

—Es que esa libertad sería mal entendida. Antes de muy poco tiempo este aspecto hermoso que usted admira ahora en mi huerta, estos frutos exquisitos que usted gusta no existirían. Aquí se contemplaría un desconsolador erial.

—¡Ah, vamos! ¿de modo que sin leyes atinadas, sin enseñanza sabia y competente, sin orden y régimen adecuados no es posible la existencia?

Que al jardinero le da por regar estos frutales con un líquido venenoso que le mata el árbol y hasta a las personas que sus frutos coman. ¿A qué interrumpirle, a qué castigarle? Siga tranquilo en su tarea, haya libertad para el mal como para el bien.

—No disparate usted y no disparate.

—No disparate; sólo saco consecuencias en cualquier caso de la vida, a las premisas que ustedes los gobernantes de ahora establecen: Iguales libertades para el error como para la verdad. Que aquel destruye, socava los cimientos de la sociedad, no importa; sálvense los principios aunque perezca el pueblo. Que a un loco, a un chiflado, a un canalla, le da por predicar al pueblo los desvarios de su imaginación, pues se le deja, aunque el pueblo los crea y se prende de ellos.

De sobra saben ustedes que yendo contra la religión van contra la patria y contra el bien de los ciudadanos, pues erre que erre, ¡guerra a la religión! Que criando lobeznos en esas cavernas de laicismo, tarde o temprano me morderán, me devorarán, pues erre que erre, a criar lobeznos, y cuantos más mejor. O son ustedes locos o suicidas o unos malvados empedernidos.

—Si no fuera por la amistad que nos une de antiguo y porque conozco lo bueno de sus intenciones, vamos, que le metía en la cárcel por desacato a mi autoridad.

—Y con esto no cometería, mi D. Clemente, ninguna inconsecuencia. Suelen ser ustedes los mandones enérgicos con el prudente tanto como cobardes con los atrevidos.

—¿Otra vez?... Pero dígame mi incorregible amigo ¿por qué así las toma hoy conmigo?

—He leído en el periódico que usted ha sido uno de los votantes para que se subvencione a la escuela neutra, o mejor criminal, de esta localidad y esto si no es carecer de sentido práctico, de instinto

de propia conservación, no sé a qué atribuirlo.

—Hay que respetar todas las ideas.

—Pues no hace muchos minutos quería usted meterme en la cárcel por manifestar las mías, contrarias a las de usted. Lo que hay es que quieren ustedes congraciarse con los malos porque los temen, cuando de ser ustedes autoridades de verdad, ellos serían los que temerían manifestar el daño de sus corazones.

—¿Pero eso de las escuelas laicas qué tiene de malo?

—¿Ahora nos venimos con esas? ¿Qué frutos buenos ha producido la irreligión? Valga por argumento, entre millares, el último caso, el de Cottin, que disparó, como usted sabe, contra Clemenceau, y que como es sabido fué condenado a muerte.

El capitán que hacía las veces de fiscal trazó de mano maestra el retrato del criminal: «Es vanidoso, anticlerical, enemigo de la autoridad y antipatriota. Flor venenosa nacida en el terreno de la anarquía.» ¿Sabéis lo que a esto supo contestar Cottin? Diga V. que es un bofetón aplastante a los que no quieren nada o poco con la religión: «HE SIDO EDUCADO EN LAS ESCUELAS LAICAS, EN LAS DE LA REPUBLICA FRANCESA.» Lógica pura, fruto natural. «¿Por qué si plantáis cardos, señor agricultor y autoridad liberal, habéis de pedir que nazcan rosas?» ¿Por qué subvencionando a escuelas laicas o neutras y consintiendo propagandas nefastas de cuatro granujas, habéis de pretender que salgan buenos ciudadanos? Napoleón no era ningún clerical ni mucho menos, y sin embargo dijo que él con todo su poder se consideraba incapaz de gobernar a un pueblo irreligioso; que a éste para dominarle sólo había ametrallarle.

Busca V. buena semilla, buena tierra, buen riego y buenos operarios para su huerta y para ese pueblo de almas que le ha sido encomendado, lo que menos son los buenos fundamentos, las sanas doctrinas, la justa libertad, ¿verdad?

¡Ah, terrible responsabilidad la de ustedes por sus actos de gobierno ante el Divino Juez! Allí verán, con arrepentimiento inútil ya, si vale más un árbol que un hombre.

Del pícaro mundo

Yo le veo diariamente en misa muy devoto con su señora y, diariamente, recibir la Sagrada Comunión, pero, admírense ustedes, que yo ya me admiré no poco cuando a este mismo fervoroso señor, le ví una tarde en el tranvía, camino de La Calzada, que iba leyendo ¡«El Sol»! y que en el bolsillo de la chaqueta, llevaba otro periódico no menos edificante, con el título bien a la vista, ¡«El Fíguro»!...

Pero estas gentes ¿cómo serán así tan... sin sustancia? Cualquiera se fía de ellas.

—Otro que tal baila.

Dícenme que es ingeniero; no le conozco sino de vista, pero debe ser de los que «saben vivir con todos» a juzgar por la siguiente prueba del «valor de sus convicciones»:

Se hablaba de las misiones que los PP. Redentoristas estaban dando en el barrio obrero del Natahoyo y salta el tal ingeniero: «Eso nos faltaba, que vengan ahora estos abates a meterles en el cuerpo a los obreros más ideas extrañas e imposibles, impropias del siglo en que vivimos.»

Quien me acompañaba me dijo por lo bajo: No crea V. que ese es un anticlerical. Habla así para que le oigan aquellos obreros, pero delante del señor Conde de ***, como V. sabe excelente católico, habla como un inspirado místico.

Ved aquí, lectores míos, otro ejemplar de los que dan asco y que abunda. Con estos no se va a ninguna parte. ¡Puaf!

—Oye, amiguito, ¿pasa el Viático a tu lado y ni siquiera te descubres?

—Lo hubiera hecho, pero me estaban mirando aquellos del Centro y, francamente, me acorté.

—¡Cobarde, miserable! Con hombres como tú, miedosos de hacer el bien y valientes para el mal, viven a lo grande esos redentores de nuevo cuño.

Los daños de las huelgas

De un artículo muy documentado de la prensa barcelonesa tomamos los datos siguientes:

«En el período de 1903-1908 las pérdidas de los obreros se evaluaron en pesetas 7.882.971, y la de los patronos en 1.539.025. Desde 1910 a 1913 perdieron los obreros con las huelgas 14.881.760 pesetas, y los patronos 5.575.540. En los meses de Febrero, Marzo y Abril de 1919, se calcula que las pérdidas de unos y otros se elevan a 20.000.000 de pesetas.»

Pero en cambio, unos cuantos habrán hecho una buena jugadita.

Y se habrán arreglado para un poco tiempo.

Y el obrero en la higuera.

Util y dulce

Entró un chico en una tienda de comestibles a pedir colocación, y el dueño le contestó que tenía ya los dependientes necesarios.

El muchacho quedóse un momento perplejo, pensando, sin duda, dónde ir a solicitar acomodo.

De pronto, el amo de la tienda le hace la siguiente pregunta:

—¿Sabes ya despachar?

A la cual contestó el chico con alguna indecisión:

—Sí, señor; algo sé.

—¿Cuántos gramos tiene un cuarto de kilo?

—Doscientos?

—Bien. ¿Cómo se despacha el aceite?

—Se llena la medida, se bazuquea un poco, como si el pulso estuviera algo temblón, y se echa en la vasija del parroquiano, sin pararse a escurrir el líquido, entre otras razones, porque se pierde el tiempo y el aceite.

—Quédate, chico, quédate.

¿Dónde está Europa?—preguntaba un maestro a su discípulo.

—Donde ha estado siempre.

—¿Cuál es el imperio mayor de Europa?

—El más grande.

—Y de España, ¿cuál es la región más poblada?

—La que tiene mayor número de habitantes.

—Aprobado.

CORRESPONDENCIA ADMINISTRATIVA

De Laviana pagaron hasta fin Abril 1919:

D. M. G., B. G., J. C., F. G., R. A.—

A fin Mayo: D. C. A., O. F., R. S., J. M.,

M. S., B. A., M. M., C. M., A. S., D. G.,

S. L., J. M., M. A., R. V., A. M., S. G.,

J. B., A. G., C. A., J. G., P. Y., M. S.,

E. G., J. F. V., A. G., S. B., A. C., R.

F. V., M. A. S.—A fin Junio: D.ª C.

C., F. A., J. V. C., J. M. D. F., B. A.

A fin Julio: D.ª E. V.—A fin Agosto:

D. A. L.—Dieron donativos para el pe-

riódico: D. J. V. C. y el niño A. M.

Dios premie a todos.

Sr. D. J. M. I.—La Vid.—Pagó fin Abril de 1920.



PRIMER ANIVERSARIO

DEL JOVEN

DON JOSÉ GRANDA Y GRANDA

que falleció en Madrid el 5 de Julio de 1918

HABIENDO RECIBIDO LOS SANTOS SACRAMENTOS Y LA BENDICIÓN DE SU SANTIDAD

R. I. P.

Sus desconsolados padres don Antonio y doña María, sus hermanos Antonino, Bernardo, Francisco, Luis, César, M.ª de la Concepción, Eduardo, M.ª Teresa, M.ª Josefa y Jesús, su abuelo don Antonio Granda y Granda, tíos, primos y demás parientes y amigos,

Suplican en caridad a los fervorosos lectores de RELIGIÓN Y PATRIA le tengan presente en sus oraciones, que Dios les pagará.

Tódas las misas que se celebren en la Parroquia de San Lorenzo de esta villa el día 5 del presente mes, se celebrarán en sufragio del alma del finado.

Hay concedidas indulgencias en las condiciones de costumbre.

TEJIDOS EN GENERAL

ALMACENES Y PAÑERÍA

La casa mejor surtida y la más popular de la Provincia

GIJÓN.—CALLE CORRIDA

LA SIRENA

Droguería y Perfumería de

VICTOR ANTOLIN

Corrida, 90.—GIJÓN

La Rusquilla

Adornos para vestidos, ianas, corsés, guantes, perfumería, artículos para bordar, bolsillos, pieles, paraguas y sombrillas :: Nuevo surtido en todos los géneros :: Amabilidad en el trato.

San Bernardo y San Antonio :: GIJÓN C

Viuda e Hijos de Gregorio Alonso

Grandes almacenes de ferretería, loza y cristal. Especialidad en herrajes para obras y herramientas para minas, ferrocarriles y carreteras.

Solicítense precios—San Bernardo, 59 y 61 :: Teléfono 200 :: GIJÓN C.

Fotografía **VILLANUEVA**

LA MAS CÓMODA Y ECONÓMICA

Corrida, 62, bajo :: GIJÓN

Doctor **EMILIO VILLA**

Enfermedades del PULMÓN y CORAZÓN — ESPECIALISTA — Electricidad médica.

Consulta: De 11 a 1 y de 4 a 6.

San Bernardo, 143 :: GIJÓN :: Teléfono: 797

BANCO DE CASTILLA

SOCIEDAD ANÓNIMA FUNDADA EN 1857 :: Infantas, 31 :: MADRID

AGENCIA DE GIJÓN: CALLE DE LOS MOROS.

Cuentas corrientes :: Giros :: Cobros :: Comisiones :: Compra y venta de efectos públicos, monedas y billetes de Bancos extranjeros :: Cartas de crédito :: Descuentos :: Préstamos :: Cuentas corrientes :: con garantía de valores :: Depósitos, etc. ::

CAJA DE AHORROS

Imposiciones desde una peseta en adelante, al 3 por 100 de interés anual.

Las Camelias

TEJIDOS :: SASTRERÍA :: San Bernardo y Jovellanos :: GIJÓN

Se reciben constantemente las más ALTAS NOVEDADES en Lanería y Artículos de Fantasía :: Extensas colecciones en Pañería para trajes de Caballero, con garantía de los tintes ::

MAESTRO CORTADOR DE PRIMER ORDEN

ACEBAL, RATO Y COMP.ª

FUNDICIÓN DE HIERRO

Barrio del Tejedor.—GIJÓN

Cocinas cerradas, desmontables, todas de hierro fundido y por lo tanto de gran duración; no necesitan material de albañilería; pieza inutilizada se sustituye por otra; evita este sistema las cucarachas o correderas, y su montaje se hace en quince minutos. Se fabrican para leña, carbón y cok, o solo para la combustión de carbón y cok.

Patentada con el núm. 50.316

Se fabrican también de todos los demás sistemas y se elabora cuanto se relaciona con el ramo de fundición de hierro, como placas, lucernas, bajadas de aguas, tubería, parrillas, etc.

La Fama Asturiana

Se recomienda por sí solo el chocolate de esta marca. Pídase en todas las tiendas de comestibles

TALLERES MECÁNICOS DE CONSTRUCCIÓN Y REPARACIÓN DE MAQUINARIA, DE

Saez, Pérez y Compañía

BARRIO DEL TEJEDOR : TELÉFONO 453 : GIJÓN

Maquinaria para chocolaterías, panaderías, fábricas de curtidos y de latería. Fundición de bronce de todas clases. Calefacciones e instalaciones de riego. Reparaciones de buques y maquinaria en general.

Prensas y mayadoras para manzana.

ULTRAMARINOS FINOS

DE

Arturo Prieto Acebal

Plaza de San Miguel, 2 y Cápua, 31

GIJÓN

TELÉFONO 312

FUNERARIA DE

HIJOS DE FELICIANO RODRIGUEZ

FUNDADA EN 1874

La más antigua de la provincia

Moros, 40 :: GIJÓN :: Teléfono 103

SERVICIO PERMANENTE

Prontitud :: Esmero :: Economía

GRANDES ALMACENES

de Vidriería y Fábrica de Espejos

Vidrio de todas clases, nacional y extranjero. Vidrieras artísticas de colores. Grabados en vidrio. Fábrica de ácido fluorhídrico y fluoruro de sodio.

M. BASURTO

Despacho: San Bernardo, 135 :: Teléfono 230

- GIJÓN -

INDUSTRIAS ZARRACINA

Sociedad Anónima

GRANDES FÁBRICAS

Sidra champagne (la marca más antigua)

Harinas superiores :: Chocolates exquisitos

:: Pan superior de todas clases ::

Carretera de Villaviciosa :: GIJÓN

C.

Doctor **CALISTO DE RATO Y ROCES**

:: Especialista en enfermedades ::

:: del sistema nervioso ::

CONSULTA: MAÑANA Y TARDE

CORRIDA, 63 :: GIJÓN

Imp. «La Reconquista» :: S. Bernardo, 99 :: Gijón.